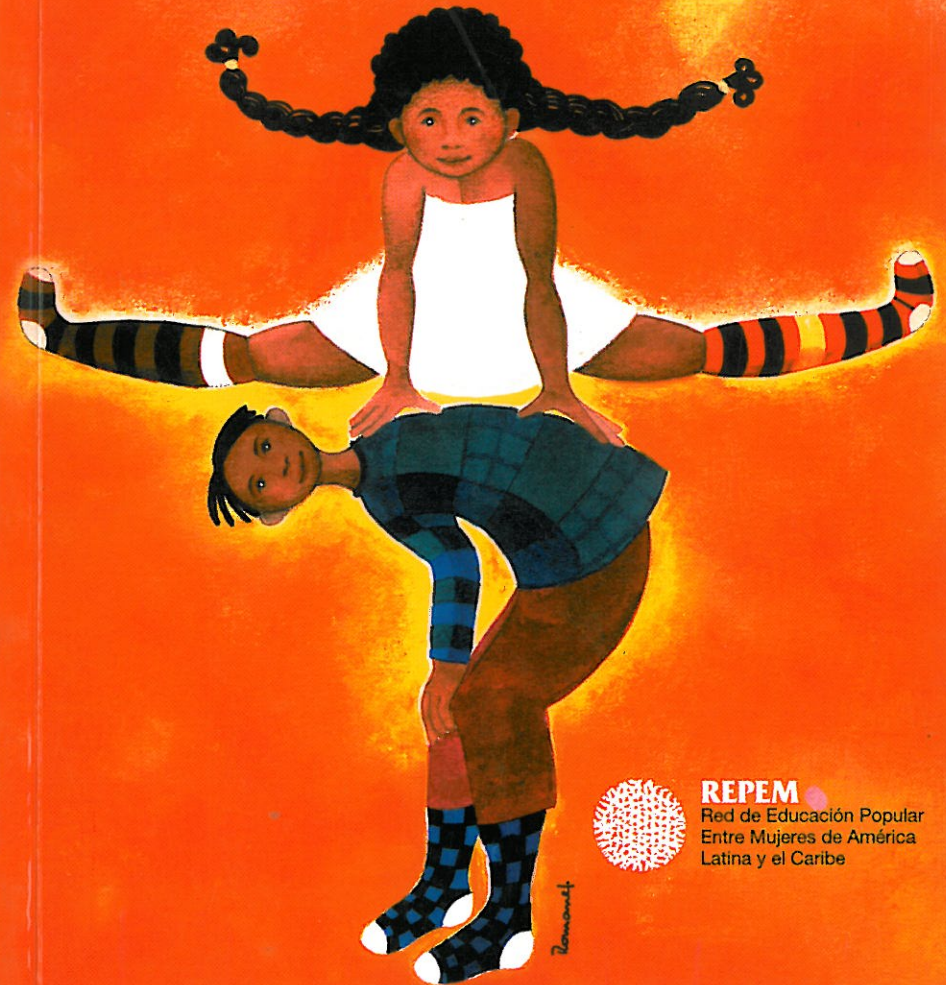


Primer Concurso Latinoamericano
de Cuentos Infantiles No Sexistas

No nos vengan con cuentos



REPEM
Red de Educación Popular
Entre Mujeres de América
Latina y el Caribe

Ramirez

Primer Concurso Latinoamericano
de Cuentos Infantiles No Sexistas

*No nos vengan
con cuentos*



REPEM

Red de Educación
Popular Entre Mujeres
de América Latina
y el Caribe

© REPEM

REPEM - Red de Educación Popular Entre
Mujeres de América Latina y el Caribe

Colonia 2069

11200 Montevideo - Uruguay

Telefax: (5982) 403 0599 / 408 0089

E-mail: repem@repem.org.uy

Página web: www.repem.org.uy

Celita Eccher

Coordinadora General

Coordinación del Concurso
y de esta publicación:

Paz Alonso

Edición y diagramación:

Doble clic • Editoras

Quijote 2531/702

Montevideo - Uruguay

Telefax: (598-2) 901 33 52

C.E. doblecli@internet.com.uy

Ilustraciones:

Romanet Zárate

2000, Acuarela, tinta y

acrílico sobre cartulina

Santa Cruz, Bolivia

Esta publicación se realizó con el apoyo
de la Fundación Heinrich Böll Stiftung (HBS).

1ª Edición agosto 2000

2ª Edición marzo 2001

Impreso en Uruguay

ISBN 9974-670-09-8

Contenido

- 5 Presentación
- 7 La imaginación
en juego
- 11 Celinda Cenicienta
Patricia Suárez
- 21 Amor a medias
Telma Isabel Peralta de Rogau
- 33 Sala de espera
Estela M. Gadea de Leiguarda
- 39 Una raya en la pared
Inés González
- 45 René es feliz
Daniela Roitstein
- 55 Dr. Lisandro Cabalita
especialista en miedos
Graciela Sverdlick

Presentación

Con la convocatoria al Primer Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas, lanzada en noviembre de 1999, culmina un importante período de diez años de actividades realizadas en el marco de la Campaña de Educación No Sexista iniciada por REPEM en 1989.

En el total de 234 cuentos y relatos escritos por mujeres y hombres de todas las edades, provenientes de diez países de América Latina y el Caribe —Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, México, Paraguay, Perú, Venezuela y Uruguay— REPEM ve el resultado más elocuente del Concurso. Y valora los frutos de su trabajo analítico y propositivo que la desafían, una vez más, a continuar en este camino que tiene la riqueza que caracteriza a los procesos de desarrollo: la constante construcción. La tarea no se cierra aquí. Este es un nuevo punto de partida para seguir avanzando.

Queremos agradecer a las y los participantes y a quienes formaron el jurado: Malí Guzmán, Iliana Pereyra y Rosario Peyrou. Agradecemos también a todas las integrantes de REPEM que colaboraron con el éxito de la convocatoria y a la Fundación Heinrich Böll (HBS) de Alemania, que hizo posible esta publicación.

Celita Eccher
Coordinadora General

Nota de las editoras

Para facilitar la lectura ofrecemos un breve glosario de aquellos términos utilizados en algunos de los cuentos, y que son propios del habla de algunos países de América Latina.

Capelina. Sombrero femenino de ala ancha.

Cargada. Burla.

Cola. Nalgas.

Copetín. Aperitivo, trago de licor.

Engrupido. Engreído.

Hacer pata. Ser cómplice.

Mañero. Mañoso, que tiene mañas o resabios.

Metida. Entrometida.

Pavada. Tontería.

Pituca. Mujer que se preocupa mucho de seguir las modas.

Soquete. Calcetín corto.

La imaginación en juego

El jurado del Primer Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas fue integrado por tres uruguayas: una escritora e ilustradora de libros infantiles, escenógrafa y periodista, Malí Guzmán; una maestra y comunicadora, con experiencia en trabajo con grupos de mujeres desde la perspectiva de género, Iliana Pereyra; y una periodista y crítica cultural, profesora de literatura, Rosario Peyrou. Sobre la experiencia que significó el desarrollo de la propuesta de REPEM, ellas tienen mucho para decir.

"La carga ideológica que cualquier texto posee se hace mucho más evidente en aquellos destinados a los niños y en este caso, donde estábamos particularmente alertas en lo que al sexismo se refiere, notábamos que la reproducción de modelos no igualitarios era casi una constante (incluso cuando se invertían los roles tradicionales quedaba intacto un sistema de valores discriminatorio, solo que en sentido inverso). Se manifestaban también diferentes visiones de niño, en muchos casos sumamente idealizadas, como si se supusiera que la infancia es un territorio idílico, desprovisto de verdaderos conflictos. Otros textos, en cambio, buscaron caminos de verdadero encuentro con los niños y las niñas reales, emprendiendo también diferentes formas de relacionamiento con sus posibles destinatarios y

8 *destinatarias (ya no a través del «consejo edificante» sino mediante distintas formas de complicidad generalmente sustentadas por el humor).*

Quedaron sin premiar (porque no alcanzaban la calidad literaria de los seleccionados) algunos cuentos que, sin embargo, encontramos particularmente interesantes en su carácter testimonial. El contribuir a la memoria colectiva a través de relatos de vida (historias de infancia, anécdotas de la vida rural) en un tiempo donde una generación conversa poco o nada con la otra creímos que podría constituirse en un buen proyecto para una nueva -y distinta- convocatoria."

Malí Guzmán

"Se motivaron más de doscientas personas de distintos países de América Latina a crear, a escribir para niños y niñas, quizá por primera vez, con la premisa de que su obra no reprodujera estereotipos discriminatorios para uno u otro sexo. Y, sin duda, quienes integramos el jurado también nos enfrentamos a acordar criterios, a leer, a dialogar, a argumentar, a calificar, también por primera vez, una obra literaria para niños y niñas pero que no fuera sexista. Ahora sabemos que no es fácil crearla y tampoco es fácil calificarla. ¡Cuánto más creativa tiene que ser la obra para hacerla atractiva para niños y niñas y a la vez, que no reproduzca modelos de conductas discriminatorias! ¡Cuánto más imaginativa! Invitamos a continuar desafiándonos."

Iliana Pereyra Sarti

"Creo que la mayor virtud del concurso fue poner sobre el tapete un tema importante y complejo. A la hora de elegir los ganadores nos encontramos con varios problemas. Primero de todo qué quiere decir «cuentos no sexistas», ¿tienen que ser cuentos con un contenido ideológico feminista, o cuentos que no

reproduzcan y refuercen los roles tradicionales discriminatorios? Esa pregunta llevaba implícita la cuestión del carácter pedagógico de la literatura infantil, único terreno donde no suele cuestionarse la manipulación del lector, a quien siempre quiere enseñársele algo. Esa cuestión, que en relación a la literatura a secas fue muy discutida en este siglo en relación al «realismo socialista» y laudada a favor del valor estético y de la libertad del escritor, no se ha discutido lo suficiente en relación a la literatura para niños y adolescentes. El concurso mostró la complejidad del problema en términos concretos. Había cuentos «políticamente correctos», cuya única virtud era mostrar a las mujeres en roles no tradicionales, pero que difícilmente podían interesar a un lector o una lectora infantil. Muchos resultaban meramente aleccionantes o «edificantes», pero difícilmente podían cumplir el objetivo de interesar realmente a niños, niñas o adolescentes en la lectura.

En un mundo dominado por la imagen, que en general suele suscitar en el público una actitud pasiva y meramente receptiva, promover la lectura implica estimular el carácter crítico y sobre todo, acicatear la imaginación. Luego de muchas discusiones, resolvimos premiar aquellos cuentos que por la riqueza imaginativa, por su interés y por la gracia de la escritura pudieran ser leídos con placer por los niños y las niñas, teniendo en cuenta como única limitación, que no fueran reproductores o reforzadores de los roles tradicionales, aunque su tema central no fuera éste. El concurso debería abrir una instancia de reflexión sobre estos temas que enriquecería un género que nunca tuvo tanta importancia como ahora, en la medida en que es una puerta de entrada al mundo de la lectura a secas.

En una época en que cada vez se lee menos, la tarea de construir lectores y lectoras es humanizadora y liberadora en sí misma. La escuela tradicional ha abusado muchas veces en

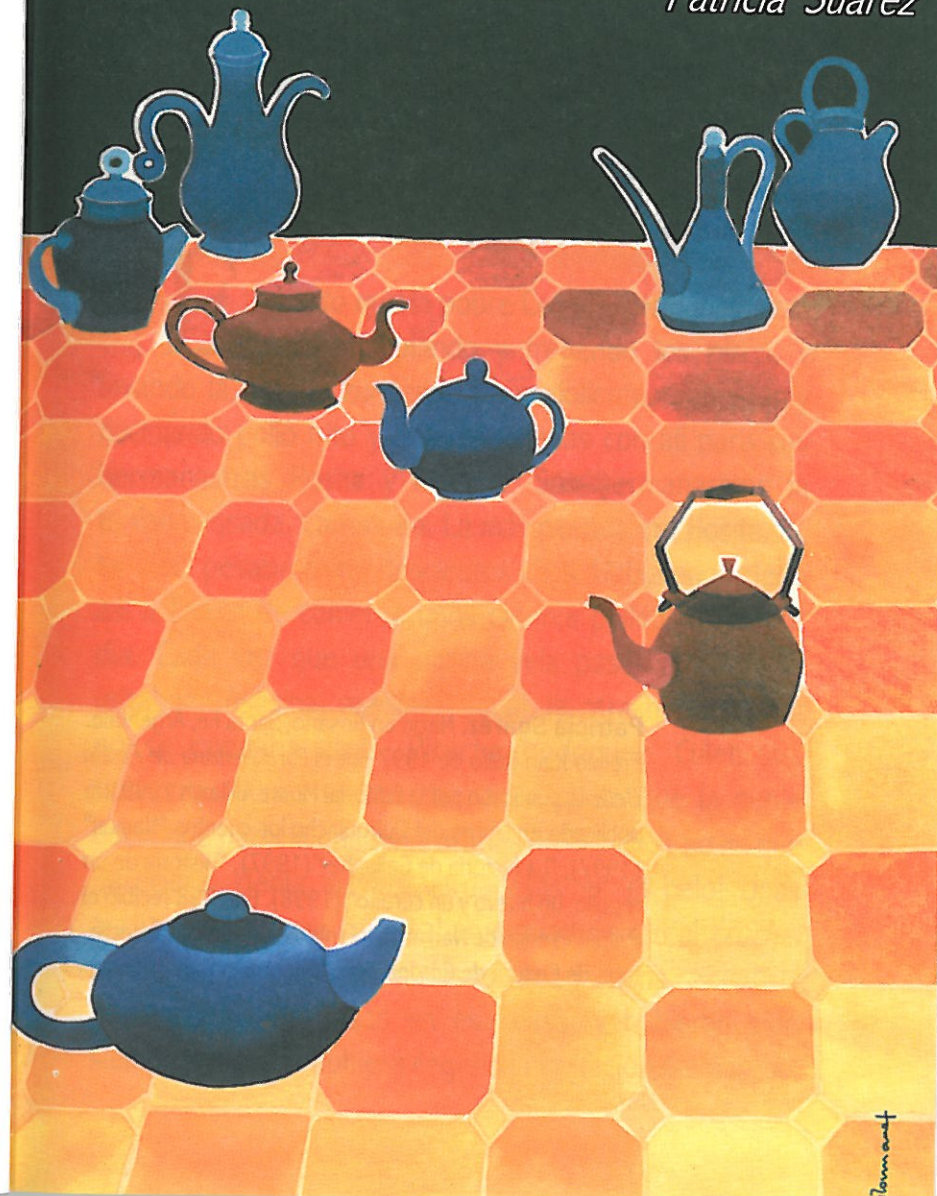
10

la utilización de la lectura para aleccionar –y reforzar contenidos que reproducen las formas de organización social vigentes– consiguiendo generar en chicos y chicas un rechazo por la literatura que de ese modo no podrá competir con las otras formas de comunicación. Se trata entonces de promover una literatura infantil no sexista, pero que valga como literatura a secas.”

Rosario Peyrou

Celinda Cenicienta

Patricia Suárez



Tamara

PRIMER PREMIO
CATEGORÍA PROFESIONAL

Patricia Suárez. Nació en Rosario, Santa Fe, Argentina. Premio Juan Rulfo de 1997 por el libro *Historia de Pollito Belleza*, publicado por la Editorial Monte Ávila en 1999. Ha publicado en Libros del Quirquincho los cuentos "Namus" (1997), "La historia de Gallagher" (1997), "Historia de un repollo, un huevo y un cerdito" (1998). En 1998 recibió el Primer Premio de Narrativa Infanto Juvenil de la Subsecretaría de Cultura de Córdoba por "El dormilón".

Es cierto que la pobre Celinda Rodríguez se la pasaba limpiando y fregando los pisos, y lavando la ropa, y zurciendo los malolientes soquetes y cocinando pollo frito y arvejas rellenas con ají para sus hermanastras Rosita y Pirucha. Sus hermanastras la tenían cansada. Can-sa-da. La más pesada era Rosita. Sí, tal cual: pesaba como doscientos kilos. Había engordado así a fuerza de comerse unos catorce pollitos fritos por día. Cada vez que una gallina veía pasar a Rosita le gritaba: "¡Asesina, asesina!" Igual, la otra hermanastra no se quedaba atrás. Pirucha Rodríguez. Culebrota. Gusanota. Nunca se peinaba, a tal punto que la gente decía que parecía que tenía arañas en el pelo. Y no es que pareciera. ¡Tenía arañas verdaderas en el pelo! Unas arañas negras que se pasaban el día tejiendo al *crochet* arriba de la cabeza de la despeinada Pirucha.

Así eran las cosas en esa casa, y hubieran sido siempre así, si no hubiera llegado la invitación del palacio.

14 Nada menos: el Príncipe daba un baile para buscar novia. El pobre Príncipe ya lo había intentado todo para conseguir novia, pero no había caso. Nadie lo quería. No se sabía muy bien por qué. Se decía que era porque se la pasaba hablando de trigonometría, ¿y a qué chica le gusta que le hablen de trigonometría en una cita de amor?

“Cuando llegó la invitación, Pirucha y Rosita le prohibieron a Celinda que concurreniera al baile de palacio. Le explicaron clarito: “Vos no venís porque acá todavía hay que fregar las escaleras de arriba para abajo y de abajo para arriba, ¿entendiste?” Tenían muy mal corazón esas hermanastras.

Celinda se encogió de hombros cuando las hermanastras le prohibieron ir al baile, porque ¿qué remedio le quedaba? Se puso a pulir una cajita de plata que tocaba una música que decía: “El que tenga un amor/ que lo cuide, que lo cuide/ la salud y la platita/ que no la tire, que no la tire”. Tanto frotó y frotó Celinda con la franela nueva que había comprado en oferta en el supermercado que, de pronto, zas apareció un hada. Celinda pensó: “¡Un hada!”, pero en realidad era una señora vestida a la antigua y con una capelina.

—Vengo a concederte un deseo —dijo el Hada.

—¿Qué cosa ¿no? Justo que se me terminó el limpiavidrios.

El Hada se sacó la capelina y se quedó pensativa. ¿Quería Celina una botella del nuevo limpiavidrios

superhidratante con siliconas ecológicas? ¿No debería querer ir al baile del Príncipe? ¿No debería aspirar al amor del Príncipe esta Celinda? ¿O es que Celinda era una maniática de la limpieza? (Esta Hada siempre estaba haciéndose preguntas). “Es que ahora las chicas son tan raras” se dijo el Hada, “ma’ sí, yo le digo que vine a mandarla al baile”.

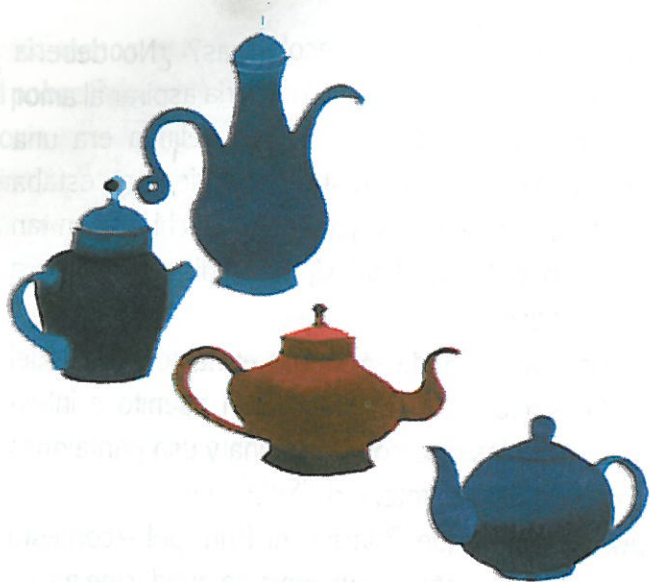
—M'hija —dijo el Hada— vengo a enviarte al baile del Príncipe Consorte. Ese muchachito tan buenito e inteligente, que tiene los ojos color aceituna y usa pantalones vaqueros pata de elefante.

—¡Ay, no doña, qué Príncipe ni Príncipe! —contestó Celinda—. ¡Con las ganas que yo tenía de quedarme a freír churros! Como no está la Culebrota ni la Giganta, tranquilita me iba a poner la tele y me iba a freír unos churritos.

—¡No! Celinda Rodríguez: tu deber es ir al baile del Príncipe, ir al encuentro del amor. Amor con mayúscula, Celinda —ordenó el Hada, y de inmediato transformó al caniche tonto en un caballo blanco todavía más tonto, y a la caja de fósforos en carroza, y vistió a Celinda con un vestido repleto de canutillos, lentejuelas y piedritas esplendentes que pesaban como dos toneladas.

—¡Ay, que incordio doña! —murmuró Celinda—. Pensar que tanta carroza, tanta carroza, cuando la parada de taxis está en la esquina.

—M'hija —llamó el Hada— no olvides que el encanto durará hasta las doce en punto de la noche. Luego el



encanto se desvanecerá. Recuérdalo. Hasta las doce de la noche. *O'clock.*

—Qué incordio —repitió Celinda.

Cuando Celinda llegó al baile, enseguida vio a sus hermanastras. Una, como era de esperar, había acabado con todos los copetines: las masitas de caviar, los canapés de ostra, y los *crêpes* de batata y queso. La otra se divertía con sus propias arañas. Se las había sacado del pelo y, ahora, las dos arañas y ella estaban bailando una farruca. La farruca es un baile muy complicado donde hay que tener cuidado de que las piernas no se enreden.

Enseguida Celinda llamó la atención de todos los presentes debido a su hermosura: de los duques; de los marqueses;

del Rey; de Menditegui, que era el mozo; de El Nutria, el trompetista; y de Hipo Felipo, el del dicho. En fin, ella llamó la atención de todos. Sólo la preocupaba no ver al Príncipe, y ya eran como las once y cuarto. Celinda pensó: “Debe andar por ahí disertando sobre trigonometría, el papanatas, en vez de buscar el amor. Qué mañero este Príncipe”.

Al fin escuchó un “¡ooohhh!” y vio bajar al Príncipe por la escalinata. “¡El Príncipe! ¡El Príncipe!” murmuraban los invitados. Como Celinda justo se estaba atracando con un cóctel de langostinos no pudo ver bien al Príncipe. De hecho, le importaba un comino. El Príncipe se acercó igual y, ardiente de pasión, le dijo a Celinda:

—Usted es la doncella que yo he buscado por el mundo en mi búsqueda del amor.

Celinda Rodríguez se bebió de un trago su vasito de licor.

—¿Cómo dice, don? Hip... Hip...

El Príncipe le repitió:

—Que estoy loco de pasión por usted, mi cielo.

Celinda miró para todos lados y notó que las cosas se movían de lugar. Es el efecto que hace el licor si uno toma mucho y de un solo impulso. Así que se acercó bien al Príncipe. Es raro este Príncipe, reflexionó Celinda. Era bizco y estaba lleno de granitos porque se pasaba el día comiendo chocolates y, además, qué engrupido, venir a hablarle de amor, él, que era tan bajito que apenas si le llegaba a Celinda al hombro.

—Dígame, hip... hip... petisón, hip... ¿y desde cuándo le gusto yo? Hip...

—Y qué sé yo. Desde hace unos tres minutos con dos segundos y quince centésimas o sea, de acuerdo al Teorema de Pitágoras y evaluándolo con la Proposición de Euclides...

—Cuántos amigos raros que tiene usted —comentó Celinda—. A propósito, hip... ¿me dice la hora?

—Doce menos diez.

—¿Ya las doce hip... menos diez? Hip... ¡Cómo pasa el tiempo! ¿No? Hip hip...

—Exacto, el tiempo pasa, pero según la teoría de la relatividad de Einstein y las últimas investigaciones sobre el espacio-tiempo de...

—En fin. Hip... —interrumpió Celinda aburrída— me voy para casa. Hip...

—¿Tan pronto? ¿Y el amor?

—Ahhh, el amor. Hip... —Celinda bostezó. El príncipe notó que Celinda todavía tenía dientes de leche. —Bueno, hip... el amor. ¿Sabe qué? Me voy a freír churros.

—¿Churros?

—Churros. Unos palitos de masa, harina y agua, o sea, que después frío en la sartén como cosa de minuto y medio y les echo azúcar.

—Me encantan los churros.

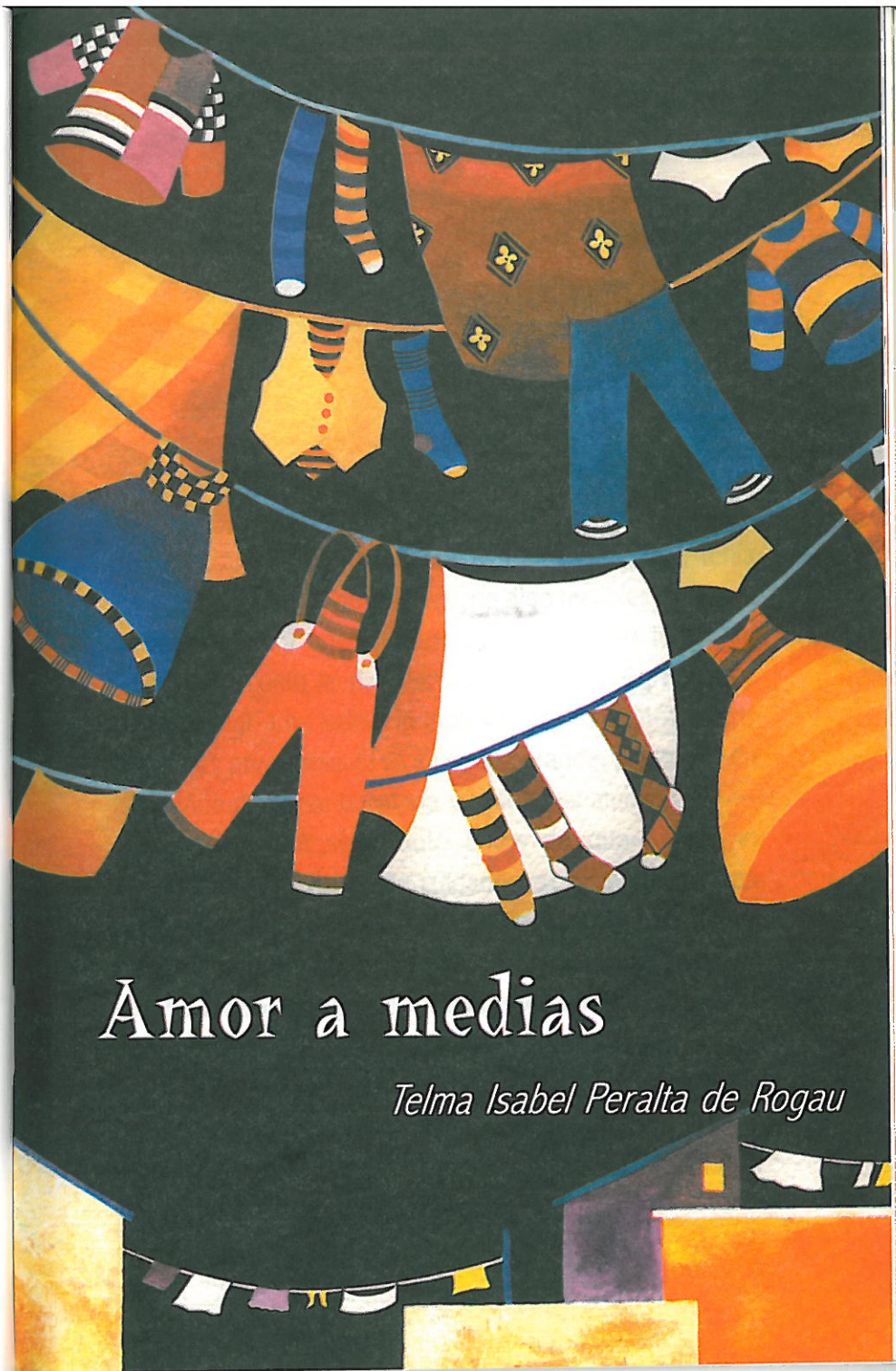
—Qué desgracia. Hip hip... Se me está haciendo tarde. Adiós —saludó Celinda y corrió escaleras abajo.

—¡No se vaya! ¡No me deje! ¡¡Con lo que me gustan los churros!!

Celinda corrió a todo correr y a las doce en punto de la noche desapareció el encanto, tal como lo había pronosticado el Hada. “Por fin”, suspiró. Seguía mareada y se prometió, para sus adentros, jamás volver a beber licor en un baile donde hubiera Príncipe tan cargoso. Celinda se tomó un taxi en la esquina y, en cuanto llegó a su casa, amasó los churros, los frió y los azucará. Se sentó a ver en la tele una de tiros y, mientras mordía un churro jugoso, se dijo:

—Qué incordio los Príncipes de hoy día. Pensar que quería venir a comer churros a casa. ¿Y si me traía a toda esa gente? ¿Al Pitágoras y al Euclides? Ah, no. Bastante ya tengo con mis hermanastras. ¡A ver si tenía que renegar con otro más!

¡Justamente!



Amor a medias

Telma Isabel Peralta de Rogau

PRIMER PREMIO
CATEGORÍA *AMATEUR*

Telma Isabel Peralta de Rogau. San Cristóbal, Santa Fe, Argentina. Docente. Integra el Grupo SEA de escritores sancristobalenses, con los que comparte creaciones y recitales poéticos. Ha recibido premios locales, provinciales y nacionales. Publicó junto con el grupo SEA dos libros de poesía y cuentos.

Lucas tenía casi trece años. Vivía feliz, tenía amigos, pero le ocurría algo terrible: tenía una hermanita de 9 años. Quien haya tenido —o tenga un “ejemplar” como le dice Lucas— sabe lo peligroso que resulta estar a su lado y lo molesto que es contestar sus continuas preguntas. Él ya se sentía grande, no estaba en la pavada como su hermana y todos sus amiguitos.

Esa mañana se levantó antes de que sonara el despertador. Se vistió con cuidado y se peinó como cien veces. Terminó por ponerse el gel de su mamá porque el pelo no le quedaba en su lugar. Cuando apareció en el comedor, con la mochila puesta, su papá lo miró asombrado y riéndose le preguntó:

—¿Qué te hiciste en la cabeza? ¿Te lavaste a esta hora?

—Sí —se apresuró a contestar Lucas, con miedo de decir la verdad— anoche estaba muy cansado.

A mí me parece que eso es gel —dijo Lucía sin mirarlo, mientras se servía dulce.

—¿Gel? —preguntó la madre, acercándose a Lucas—. Tenés razón, ese es mi gel, sentí el perfume. ¡Y con lo caro que es!

—Sí, me puse un poquito nomás. No me podía peinar —respondió, con ganas de comerse a su hermana— ¿qué tiene de raro? No me podía peinar... ¿no te podés callar Lucía?

—Mamá me enseñó que no hay que mentir —le contestó burlona. Sin decir una palabra, Lucas levantó unos libros y se dirigió a la puerta para irse.

—¿No desayunás? —preguntó su madre, mientras le servía una taza.

—No tengo ganas ahora. Llevo unas monedas para comprar bizcochos en el recreo. Chau. Antes de que respondieran al saludo, cerró la puerta y salió corriendo. Quería encontrarse con los chicos del otro curso en la esquina de la escuela. Seguro que allí estaría Paula. Apenas pisó la vereda, la voz de su hermana lo paralizó.

—¡Lucas!... ¡Esperame!

—Nene... ¿qué te dije? Sabés que es temprano y no me gusta que tu hermana vaya sola —dijo su mamá, enojada, asomándose. Inútiles fueron las protestas. Sin más remedio, la esperó. En la esquina no aguantó más y salió casi corriendo.



—¡Le voy a contar a papá! ¡Esperame! —ordenó enojada Lucía.

—¿Por qué no vas con tus amiguitas? Ya sos grande —le dijo con rabia.

—Vos sabés que por este barrio no viven mis compañeras. Además... me gusta ir con mi hermano mayor. Las chicas me dicen "cuñada" y mis amigas se mueren de envidia.

Viendo que era inútil despegarse de ella, Lucas caminó más despacio. ¿Cómo haría para hablar con Paula? En la esquina, estaban todos. Para colmo todos, hasta Paula. Al verlo llegar, se escucharon algunas risitas y una que otra cargada en voz baja. ¡Qué rabia le dio! Empujó a Lucía para que siguiera caminando sola, pero la muy terca dijo:

—Mamá me pidió que entre con vos a la escuela. Así que yo me quedo. Y se quedó nomás, en medio del grupo de los chicos de octavo, charlando como si fuera de la misma edad que los demás. ¡Qué metida! Con rabia, se puso lejos de ellas. Al rato la vio charlar ¡con Paula! ¿Qué le estaría diciendo? Despacio, se acercó a ella. Alcanzó a escuchar que le decía que debía escanear una fotos y a la noche pensaba colgarse de la red para chatear con un amigo. ¡No lo podía creer! Eso lo hacía él... a ella no le permitían tocar la computadora porque todavía no la manejaba bien. Dispuesto a terminar la conversación, la tomó de un brazo y apretándoselo dijo:

—Vamos Lucía, se hace tarde.

—¿Por qué me apretás? —¡Cómo lo quemó! Tenía ganas de sacudirla... pero la sonrisa de Paula lo detuvo.

—¿Es tu hermanita? ¡Qué simpática es! ¿Vamos? Voy con ustedes. Y, colocándose al lado de Lucía, entró con ellos a la escuela. Lucas sintió que tocaba el cielo con las manos. ¡Paula estaba tan cerca de él y habían hablado!

...después te alcanzo la foto —las últimas palabras que escuchó de su hermana lo volvieron a la realidad. Se estaban despidiendo.

—¿Qué te dijo? —preguntó muy amable y contento.

—Cosas nuestras —respondió Lucía, con aire de suficiencia.

—¡Cómo te quiero! —el beso y las palabras de su hermano le hicieron abrir los ojos. ¿Qué le pasaba? ¡Qué

raro estaba! Últimamente se bañaba seguido y sin protestar... se peinaba mucho... Tendría que investigar...

Durante el último recreo Ana, la amiga de Paula, le alcanzó un papelito, de parte de ella. Corrió al baño y se encerró. Lo abrió y su corazón estalló de alegría: decía "x100pre Lucas y Paula". Juani tenía razón, era correspondido. Apurado, al sentir el timbre, dobló el papelito para guardarlo. ¿Pero dónde? Si Lucía revisaba todo. Pero esta vez no encontraría nada. Se agachó y dobló el puño de la media y lo puso allí. Nunca se le iba a ocurrir buscar en ese lugar. Sabía que ya era "grande" y, como sus amigos, podría tener novia, pero había algo en él, que todavía no lo dejaba. Aún le gustaba estar en la falda de su madre y correr a acostarse en medio de sus padres, los domingos a la mañana.

El regreso a casa fue exactamente como la ida a la escuela. Lucía, pegada a sus talones, no lo dejaba conversar con sus amigos. No tenía sombra propia. Su sombra tenía hasta las trenzas de Lucía. Menos mal que a la siesta tenía gimnasia y luego básquet y su hermana a esos lugares no iba. Así que aprovechó a charlar con Juani:

—¿Así que te mandó una notita? —preguntó admirado su amigo—. Te dije que iba a hacer efecto lo de la tertulia pasada.

—Sí, tenías razón. La escondí en la media. Si la encuentra mi hermanita... no se va a callar la boca. Y

¡¡¡¡yo no me aguanto las cargadas!!!!

—Ella, no es nada. El que te va a matar es Jeremías —le contestó riéndose.

—¿Jeremías? ¿Cuál? No lo conozco —aseguró.

—¿No te acordás de ese rubio, alto, que se cambió de escuela el año pasado? Iba en el otro séptimo. Vive a dos cuadras del club. Siempre está dando vueltas en bicicleta a la salida de la escuela. Como él va en otro turno...

—¿Y qué tiene que ver con Paula? —preguntó furioso, con ganas de llorar.

—Calmate, no es para que te pongas así. Yo sé que a veces la acompaña hasta su casa... Ahora, la está buscando otra vez.

—¿Hasta su casa? —preguntó con un hilo de voz. Y él que no se animaba ni siquiera a hablarle por teléfono.

—Sí, el año pasado todos decían que eran novios, aunque ella aseguraba que no.

—Bueno, a mí no me importa lo del año pasado. Ahora, gusta de mí.

—Sí, pero el que sigue convencido de lo contrario es Jeremías. Así que cuidate porque es bastante peleador.

—No le tengo miedo —aseguró Lucas. El resto de la tarde pasó rápido. Las palabras de Juani no se borraban de su cabeza. Jeremías... Lucía... ¡Cuántos problemas! Y encima si se enteraban sus padres, seguro que lo iban a retar, le iban a decir que era muy chico y un montón de cosas que no quería escuchar. Su adorada hermanita

también iba a contribuir a hacer más grande el conflicto, con alguna palabra de desquite.

A la noche, antes de bañarse, tuvo el cuidado de cambiar el papelito de lugar. Buscó medias limpias, dobló con cuidado uno de los puños y volvió a esconderlo. Preparó su ropa para entrar al baño pero debió esperar. Como siempre, Lucía le había ganado. Le preguntó por qué no se había bañado antes.

—Es que vino Paula y me demoré —le gritó, mientras se duchaba.

—¿Qué? ¿Paula vino aquí? —preguntó casi sin respirar.

—Sí... vino a buscar... —Lucas no escuchó las últimas explicaciones. Se sentó en la cama, anonadado. ¡Paula... en su casa! Cuando su hermana salió, la miró fijo, esperando alguna pregunta, alguna reacción. Pero la cara de inocencia de Lucía lo tranquilizó. Conocía bien los ojos y la sonrisa que delataban a su hermana; esta vez todo era normal.

Al acostarse y antes de apagar la luz, miró las medias acomodadas sobre las zapatillas que se pondría al día siguiente. ¡No estaban! ¿Cómo podía ser? Se levantó enfurecido y, como tantas veces, destapó los pies de su hermana y vio las medias que preparara con tanto cuidado. Allí estaban. En los pies ajenos. ¿Qué haría ahora? La sacudió fuerte. Lucía abrió los ojos apenas... y los volvió a cerrar.

—¿Qué pasa? —preguntó somnolienta.

—¡Sacate las medias! ¡Son más! ¡Yo las preparé para mañana!

—Éstas... son más... tienen la rayita roja... —dijo en un susurro y se tapó la cabeza.

Lucas se sintió morir... tenía razón... en el apuro se había confundido. Las suyas tenían una rayita azul. ¡También su madre, la ocurrencia que había tenido al comprar las medias casi iguales! Ahora... era tarde. Esperó un rato y con cuidado trató de sacar el papelito de la media, pero una patada le hizo desistir por el momento. Más tarde volvió a intentarlo pero pasó lo mismo.

Esa noche, apenas si durmió. Tuvo pesadillas, soñó con un Jeremías el doble de alto que él, con los chicos que se burlaban... con Paula y Lucía que se reían.

Se levantó malhumorado, con él mismo y con todo el mundo. No quería imaginarse qué sucedería si el papelito se caía en la escuela.

La mañana pasó lenta, sin apuro, para gusto de Lucas. En los recreos, trató de estar cerca de Lucía para vigilarla. Ella, intrigada, lo miraba de reojo. A la salida la buscó para ir juntos.

—¿Qué te pasa... estás enfermo? Es la primera vez que no me corrés.

—No seas tonta y apurate —le respondió furioso. Recién a la noche, las medias cayeron rendidas al suelo. Cuando se agachó para levantarlas su mamá, que había entrado silenciosa, se las sacó de las manos.

—Dame. Gracias por ayudarme a juntar la ropa sucia.

—Está bien, mamá. Como Lucía dejó todo en el suelo...

Otra noche sin dormir. Las medias estaban en el lavadero, bajo llave. Debía esperar hasta el otro día. De alguna manera tenía que rescatar el papelito.

A la mañana siguiente se levantó pensando que sería el primero en despertarse. Era sábado y nadie madrugaba. Esta vez le habían ganado: Lucía estaba ayudando a su mamá a ordenar la ropa para lavar. Se sintió morir. Con disimulo, se acercó a las medias que estaban esperando para ser introducidas en el lavarropas.

Al levantarlas, apareció su mamá.

—¿Qué te pasa con las medias? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—Nada... Acaso ¿no puedo ayudarte?

—¿Vos ayudarme? —volvió a preguntar, mientras introducía las medias en el agua.

—¿Qué pasa mamá? —preguntó Lucía, desde el otro extremo de la galería.

—Nada, hija —aseguró—. Andá a buscar más jabón.

—¿Qué te pasa, Lucas? ¿Buscás esto? —dijo— e introduciendo la mano en el delantal, sacó el bendito papel.

Lucas se puso rojo, se quedó sin respiración y sin poder contestar. Se sintió perdido. El abrazo de su mamá lo sorprendió. La miró a los ojos, buscando una respuesta.

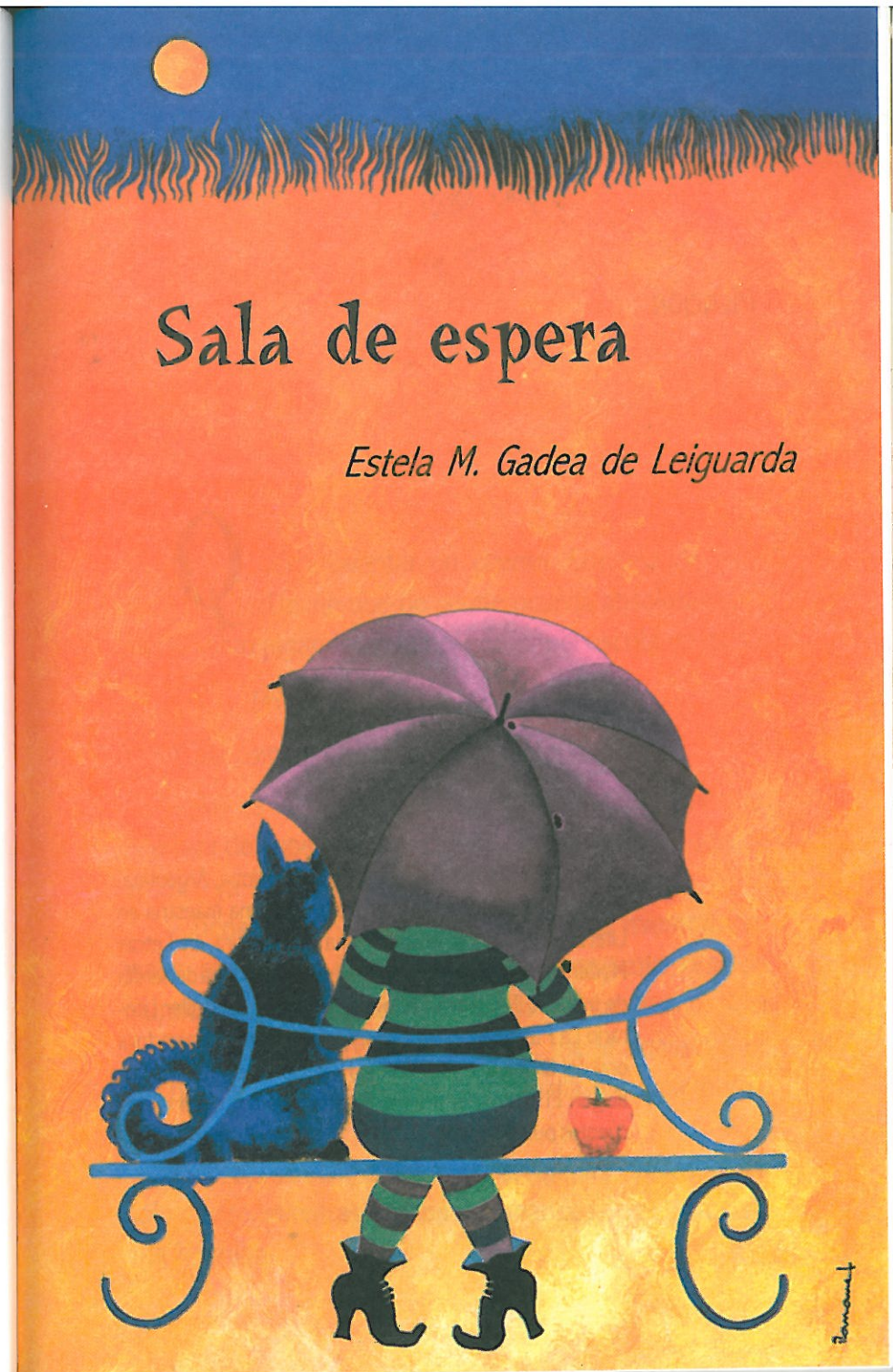
32 Sólo hubo una gran sonrisa, una palmada en la cola y un empujón.

—Andá a buscar medias limpias. Si tu hermana lo encuentra, pobre de vos.

Desde el otro extremo, Lucía volvió a preguntar.

—¿Qué pasa? ¿Qué están cuchicheando?

—No pasa nada, chiquita. Son cosas de grandes —le contestó Lucas, al pasar por su lado, corriendo. Se sentía tan feliz: ¡su mamá le había hecho “pata”! Ahora era cuestión de hablar con Paula... pero ¿y Jeremías?... Debía solucionar ese problema... Novia a medias, nunca. Las medias son sólo para los pies... y para llevar pape-litos, por supuesto.



MENCIÓN

Estela M. Gadea de Leiguarda. Córdoba, Argentina. Profesora de Educación Preescolar, con una maestría en Literatura Infantil y Juvenil y una licenciatura en Letras Modernas de la Universidad de Córdoba. Directora del Jardín de Infantes El Gusanito Nito. Coordinadora del Taller Literario La Palabruja, para niños y adolescentes y narradora oral del Grupo Cuentacuentos. Ha recibido el premio Fundación El Libro y el premio Martha Salotti y tiene varios cuentos publicados.

Quería inventar un cuento. Era uno de esos días en que no se me ocurría absolutamente nada. Como jugando en la hoja de papel escribí un aviso:

URGENTE NECESITO INSPIRACIÓN

Y así comenzó esta rarísima historia.

—¡Así es la vida!... —suspiró una bruja aburrida en una sala de espera mientras tejía una pañoleta de tela de araña —ya una no es la misma de antes.

—Tiene razón —reflexionó un fantasma mientras hojeaba el diario—. Fíjese. Con todo el espanto real del mundo moderno ya nadie se asusta de nosotros... Ayer sin ir más lejos, en plena tormenta, me le aparecí a un chico en su habitación y el muy canalla me agarró y se sonó la nariz.

La bruja se echo a reír a las carcajadas mostrando un solo diente, mientras sacaba una manzana de su canasta y la lustraba.

—No se ría señora bruja —intervino un lobo aburrido de esperar— esto es serio, a mí de feroz ya no me queda ni el nombre, con esta crisis desde hace meses que soy vegetariano.

—¡Vegetariano! ¡Eso sí que no me lo esperaba de usted! —exclamó la bruja preocupada— y yo que le tenía un trabajito... para asustar unos chicos, en el bosque... rutina ¿vivo?

—Ahora imposible —suspiró el lobo resignado— de sólo pensar en eso se me revuelve el estómago.

—Bueno, no se me deprima muchacho, ¡tome! —lo consoló la bruja ofreciéndole una manzana de su canasta.

—Perdón pero ¿no estará envenenada? —dudó el lobo.

—¡Ay, no! Últimamente no me sale ningún hechizo, debe ser por la falta de práctica, por eso es que estoy aquí.

—Cómo tardan en atendernos, será posible —se impacientó el fantasma.

En eso entró un personaje tapándose la boca con un pañuelo. La bruja, el lobo y el fantasma le clavaron los ojos. El personaje fue a sentarse en un rincón de la sala de espera. Después de un buen rato de silencio el fantasma dijo:

—Perdone señor, pero me parece que a usted lo tengo visto de algún otro lado.

—Puede ser —respondió el extraño personaje— yo también le encuentro cara, perdón, sábana conocida.

—A ver, a ver —pensó el fantasma—. ¡Sí! Fue en una película, sobre un castillo, en Transilvania. Asustábamos juntos ¿se acuerda? ¡Usted es Drácula!

—¡Exactamente! —sonrió el personaje y dejó al descubierto sus colmillos manchados.

—¡Drácula, Drácula! —cuchicheaban emocionados la bruja y el lobo.

—Pero usted ya es famoso. Tiene un nombre. Dígame ¿qué lo trae por acá? —le preguntó la bruja.

—Busco trabajo señora. Las cosas se están poniendo difíciles. Uno hace lo que puede. Para colmo se me han cariado los colmillos y ando anémico... Eso me pasa por intervenir en cualquier cuento, hay autores muy descuidados.

—¡Pero qué barbaridad! Como van a maltratar así a un personaje de su categoría. Los cuentos se están poniendo peligrosos. A mí en cada historia me quitan más poderes, me ridiculizan, todos se me ríen.

—Es cierto señora bruja, a mí me pasa lo mismo —opinó el fantasma—. Pensar que yo estaba a punto de jubilarme, pero ¡con lo difícil que está la vida ¡Tengo que conformarme con ser un extra para no convertirme en el fantasma de la desocupación.

Mejor no nos quejemos —suspiró Drácula— me contaron que Frankenstein tampoco consigue empleo, y parece que en una tormentosa historia le oxidaron varios engranajes.

—Y claro, lo que mata es la humedad —lo interrumpió el lobo comiendo ansioso la manzana.

—¡Será posible! ¡Cómo demoran! Menos mal que el aviso era urgente —se quejó el fantasma hojeando el diario al revés.

—¡Shhhhhhhhh! Escuchen... alguien viene, ¡parece que ya van a atendernos! —exclamó la bruja retocándose el peinado.

Un ruido de pasos anticipó el momento. La puerta se abrió despacio y, ante mi sorpresa, aparecí YO en el cuento frente a cuatro personajes que me dijeron a coro:

—VINIMOS POR EL AVISO.



MENCIÓN

Inés González. Caracas, Venezuela. Licenciada en Letras, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas, donde ha ejercido la docencia, impartiendo el curso de Educación Artística. Ha realizado además el Taller de Narrativa de esta universidad y del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Se dedica a la escritura de narraciones y a la corrección de novelas.

El señor Delgadito dibujó una línea en una hoja blanca. Cuando creyó haberla terminado, pues la hoja se le acababa, notó con sorpresa cómo el lápiz amarillo se salía de la página y seguía su camino por la mesa. El señor Delgadito le dijo al lápiz, sin soltarlo:

—Es verdad que eres muy largo y tienes ganas de hacer trazos pero ¿no crees que no es para tanto?

El lápiz no hizo caso. Antes bien, siguió su curso y se dispuso a bajar por una pata de la mesa. Siqui-siqui-siqui. En tan incómoda situación, el señor Delgadito no tuvo más remedio que agacharse, pues no podía soltarlo, o el travieso lápiz no lo dejaba. Y así, el simpático dibujante hizo un concienzudo paseo por el piso. Teniendo cuidado de no atascarse en las ranuras, se trasladó por las baldosas, por la alfombra, por...

—¡Hey, cuidado, allí hay una hormiga!

El lápiz, muy considerado él, desvió su línea recta y dibujó un semicírculo, para no tropezar con la hormiguita.

—Gracias por no pisarme —dijo la hormiga con su voz aguda— casi se me cae esta succulenta miga de pan.

Al señor Delgadito ya le dolía la espalda. Menos mal que allí venía la pared. ¡Qué alivio! Al fin se fue poniendo de pie, la línea ya iba llegando al borde de la ventana. Cuando estuvo en la orilla, el pobre lápiz ¡zas! perdió el equilibrio y cayó al césped del jardín.

El señor Delgadito se asomó por la ventana y lo recogió, pues ahora debía borrar toooodaaaaa la larga raya que había trazado en la habitación. Lo limpió sobre sus pantalones y se dispuso a deshacer el garabato, no fuera a ser que la señora Delgadita lo regañara. Ella siempre le decía a su hijo Rayito: “¡las paredes y los pisos no se rayan, para eso están los cuadernos!” Sí, pero lo que la señora Delgadita no sabía era que un lápiz inquieto se había escapado de la hoja y se había movido (siqui-siqui-siqui) ¡por su propia voluntad!

—¡Pues bien, apurémonos, falta poco para que mi hijo Rayito y la señora Delgadita lleguen a casa —dijo el señor Delgadito—. ¡Manos a la obra!

Tomó el lápiz y lo puso al revés, del lado del borrador. Comenzó a borrar la marca de grafito justamente por el final, en el filo de la ventana. Soco-soco-soco. El trabajo era fácil; el borrador lo hacía muy bien: bajó por la pared, recorrió parte del piso en línea recta y luego en semicírculo por donde había pasado la hormiga, subió por la pata de la mesa, siguió borrando una parte del escritorio y

entró a la hoja dejándola otra vez blanca. Para sorpresa del señor Delgadito, el borrador no se detuvo. Sintió que le borraba una uña, luego la mano, un brazo, la pierna derecha, la panza, la espalda, el cuello, la boc...

Al llegar a casa, la señora Delgadita colgó su bolso en el perchero y, tarareando una canción, se fue al estudio y se encontró con una gran sorpresa: en lugar de su marido, había un montón de hojas con dibujos dispersas sobre el escritorio.

—¡Ajá, Rayito dibujó mucho, pero no guardó sus trabajos!

Quiso colocar las hojas en una carpeta, pero una voz aguda le decía repetidas veces:

—¡Delgadita, Delgadita, aquí estoy!

Ella miró por todos lados porque no tenía ni idea de dónde provenía la voz. Observó debajo de la mesa, miró bajo las suelas de sus zapatos, husmeó en la biblioteca, en los rincones de la habitación, pero... nada.

—¡Delgadita, Delgadita, aquí, en tu mano! —dijo de nuevo la voz.

Ella se miró ambas manos y decidió revisar los dibujos. Su esposo era tan delgado que bien pudo esconderse doblado entre los papeles. Allí estaba, en una hoja, lindamente pintado, el señor Delgadito. En el dibujo, estaba entre rejas, sujetando los barrotes con una mirada de asombro y perplejidad.

La señora Delgadita dijo, muy sorprendida:

—¿Qué haces allí? ¿Quién te ha metido en una hoja de papel?

Él le contestó:

—Sólo toma un borrador y sácame de esta prisión.

Y ella, siguiendo sus instrucciones, borró uno por uno los barrotes, teniendo cuidado de no quitar un bigote o un zapato. Una vez liberado, el señor Delgadito volvió a ser como antes, pero comprendió que debía engordar, pues parecía haber sido confundido con una caricatura. Para que esto no volviera a ocurrir, introdujo al travieso lápiz en una jaula de canario. Para que no se aburriera, el señor Delgadito y su hijo Rayito le sacaban filo cada mañana y le daban abundante papel. El loco lápiz era ahora como un canario. Todos los días se le oía cantar, alegremente:

—Siqui-siqui-siqui-soco-soco-soco...



MENCIÓN

Daniela Roitstein. Buenos Aires, Argentina. Abogada, formada en la Universidad de Belgrano, master en Periodismo y Comunicación, con posgrado cursado en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Entre sus intereses se encuentran la literatura, los libros de cuentos, las novelas y la escritura en general. Ha incursionado en otras áreas como guitarra, dibujo y danzas clásicas.

René en su casa hacía de todo. Lavaba y planchaba. Cosía y cocinaba. Hacía las compras y limpiaba las ventanas. René era feliz porque hacía de todo.

Cuando algo se rompía, lo arreglaba con sus propias manos. Cuando se tapaban las cañerías, las destapaba. Si se descomponía la heladera, sabía arreglarla. En invierno podía destapar la chimenea por sus propios medios y, en verano, se las arreglaba para cortar el césped sin ayuda y hacer funcionar todos los ventiladores de la casa.

René también estaba feliz en el trabajo.

Con su fuerza podía cargar un montón de kilos de tela, encimarlas unas sobre otras y cortar parejo con enormes tijeras los moldes para los uniformes escolares. Todos sus compañeros y compañeras de trabajo sabían que René tenía mucha fuerza para cargar los rollos de tela, pero que

48 además tenía una gran precisión con las tijeras y podía cortar más parejo que cualquiera allí.

Todas las mañanas, antes de salir a trabajar, René tomaba el desayuno junto a sus dos hijos, los ayudaba a vestirse y peinarse y los llevaba a la escuela. Después de saludarlos con un fuerte abrazo y un gran beso, se despedía, alegre, para ir a la fábrica. Y allí se divertía muchísimo, ya que todas eran muy buenas personas, igual que René.

María y León, sus pequeños hijos, también eran felices. René nunca faltaba a las reuniones escolares. Siempre estaba allí para los actos, especialmente si los niños eran nombrados escoltas o abanderados. A pesar del tiempo que le llevaba su trabajo, nunca faltaba a ninguna celebración. A veces, en el apuro, ni tiempo tenía de pasar por su casa, y llegaba con la ropa de trabajo puesta y las huellas del cansancio en su rostro, pero eso a ellos no les importaba.

María y León se reían porque nunca faltaba la cámara de fotos, ya que René adoraba registrar cada acontecimiento de la familia con su pequeña máquina automática.

René era feliz.

Los fines de semana lo único que hacían era... ¡reírse! Si un pájaro tenía el pico de colores, les daba risa, porque se parecía a una porción de torta. Si lo tenía marrón, también, porque entonces se parecía a un cucurucho vacío. Si una abeja volaba bajito se reían también,

49 porque René les había dicho que las abejas pican a las personas serias.

Algunas veces iban a mirar vidrieras o a comer torta de chocolate. Otras veces iban a pescar al río. Allí se sentaban los tres y pasaban el tiempo haciendo adivinanzas: "Si uno mira su figura no sabe, con precisión, si es un burro en camiseta o un caballito en prisión". ¡La cebra, claro!, adivina María. "Redondo redondo barril sin fondo". ¡El anillo!, acierta León.

Los domingos eran los más divertidos: podían levantarse tarde, tomar el desayuno en la cama y, lo más lindo, invitar a los primos a jugar. Entonces todo era una fiesta: María, León, Lucas, Elenita y Pablo se la pasaban haciendo travesuras, guerras de almohadas, concurso de saltos, bailes y dibujos. Si el día estaba lindo salían todos a andar en bicicleta.

Si llovía, se quedaban en casa contando cuentos de brujas y jugando a las escondidas.

Era divertido estar con la familia de René porque todos siempre se reían mucho.

Un domingo siete René estaba leyendo el diario. María y León todavía dormían. René leía las noticias con mucho interés. Además, estaba feliz porque los domingos el diario traía los suplementos que más le interesaban: el de autos y el de turismo. A René le gustaba mucho viajar, y siempre soñaba con irse con toda la familia a unas montañas lejanas y mirar el cielo de cerca y la tierra de lejos.

Ese domingo René leyó también un aviso que le llamó la atención. Decía así:

*"SE BUSCA JINETE PARA CIRCO. MANDAR CARTA.
SE PAGA BIEN."*

No lo pensó dos veces, el puesto era justo para alguien como René. "¡jinete para circo! ¡justo para mí!", se ilusionaba. Con lo que le gustaban los caballos, seguro podía dominar a cualquiera de ellos. Y además podría hacer reír a grandes y chicos, porque eso era lo que mejor hacía. ¡Si todo el tiempo se la pasaba riendo! Además, mientras trabajaba, podría llevar a María y a León a presenciar la función. ¡Cómo se reirían con los payasos! ¡Cómo se divertirían con los malabaristas! No lo pensó ni un instante. Escribió la siguiente carta:

"Me llamo René Salazar. Trabajo en un taller de ropa. Tengo los sábados libres. Me gustan los caballos y viví unos años en el campo. Quisiera trabajar como jinete en su circo. Atentamente, René".

Mandó la carta ese mismo domingo y se puso a esperar.

A partir de ese día René revisaba todas las mañanas y todas las tardes su buzón de correo. María y León reconocieron su ansiedad, pero no preguntaron nada pensando que eran "cosas de grandes", como otras veces les habían dicho.

Pasaron los días y René ya se había olvidado del circo y de los caballos, de los payasos y de los malabaristas, cuando un sobre naranja apareció bajo su puerta. Era una carta del dueño del circo. En idioma de grandes decía que querían conocer a René para ver si podía trabajar como jinete. Que esperaban tener una reunión tal día a tal hora.

Y René concurrió, más feliz que todas las veces que estuvo feliz y más sonriente que una calabaza.

Estaba tan alegre que se había olvidado hasta de cómo se llamaba.

Una vez en el circo, pidió hablar con don Zaldívar, el dueño.

—Aquí no hay ningún don Zaldívar— le dijeron.

—¡Pero si es quien firmó la carta! —protestó René.

—A ver, déjeme ver... ¡ajá!... mmmmm... sí. Bueno, no es Don Zaldívar. Allí dice solamente "Zaldívar".

—Bueno, ¿qué diferencia hay? —se impacientó René. Yo quiero ver a ese Zaldívar. Sea Don o no sea Don, qué más da. Quiero trabajar como jinete en este circo.

—Pues bien, no se enoje, en instantes llamaré a "Don Zaldívar". ¡¡Ja ja ja!! ¡Don Zaldívar! ¡Ja ja! —le dijeron, burlándose bajito.

A René no le importaron las risas; lo único que le importaba era el puesto.

Después de esperar unos minutos, apareció una mujer con cara muy amable y redonda y un anillo en cada dedo. René la miró, le sonrió y le dijo:

—Espero a don Zaldívar, el dueño del circo. —La señora sonrió a su vez. Le preguntó:

—¿Quiere usted ser jinete?

—Es lo que más quiero en estos momentos, adoro los caballos —contestó René, mirando para todos lados esperando que llegara ese Don Zaldívar de una buena vez.

—¿Cómo podría demostrarlo? —preguntó la mujer.

—¿Demostrarlo? Deme ya mismo un caballo y verá que cae rendido a mis pies —contestó René—. Ya se lo voy a demostrar a Don Zaldívar, sólo estoy esperándolo para subirme ya a su caballito y obtener este hermoso trabajo.

—Pues será imposible, dijo la amable señora.

—¿Imposible? ¿Por qué? —René ya estaba poniéndose muy triste.

—Pues porque no hay ningún “Don Zaldívar”. La dueña del circo soy yo, Zaldívar... “Doña” Zaldívar. “Doña Manuela Zaldívar” —sonrió pícara la señora de los anillos.

René respiró con tranquilidad. ¡Había sido una simple confusión! En la carta sólo decía “Zaldívar” y su imaginación le agregó el Don. Don, Doña, para René era igual. Dueño o dueña del circo, quería trabajar allí como jinete.

—Pues bien —dijo René— entonces podré demostrarle a usted lo bien que puedo andar a caballo...

—Tendrá que esperar —dijo firme pero dulcemente doña Zaldívar—. Tenemos una lista de turnos y en este momento es el turno de un tal René. Lo estamos esperando.

—¿Un tal René?— se sorprendió René. Qué curioso... A ver, déjeme ver su lista...

Doña Zaldívar le extendió el papel y allí decía: “René Salazar. Disponible los sábados. Adora los caballos. El caballero vendrá el 14”.

Una risa sonora y fuerte se escuchó en todo el circo. “El caballero... ¡ja ja ja!... el caballero vendrá el 14... ¡¡¡ja ja ja!!! René no podía parar de reírse.

Doña Zaldívar miraba sin entender nada.

—¿Qué pasa? —preguntó asombrada.

—Será imposible que usted pruebe a ese “caballero René”.

—¿Imposible? ¿Por qué motivo? Todavía faltan cinco minutos, el caballero debe estar por llegar —respondió doña Manuela.

René no podía más con su risa:

—El caba... ja ja... el caballe... je je... “el caballero”... ja ja ¡¡soy yo!!

René seguía riendo y doña Manuela comenzó a reír también. ¡Qué día de confusiones! Ni ella era “Don Zaldívar” ni René era “un caballero”. Eran dos sonrientes señoras muy divertidas con nombres muy especiales. Con nombres que todos podían usar, hombres y mujeres. Dos señoras que hacían muchas cosas.

Una era dueña de un circo. Además sabía cocinar las mejores tortas de chocolate y sabía contar los mejores cuentos. Y la otra se convirtió en la mejor

54 jineta de todo el mundo. Todo lo otro que podía hacer, ustedes ya lo saben.

René sabía hacer muchas cosas, pero principalmente René sabía ser feliz, haciendo de todo un poco.

Graciela Sverdlick



Dr. Lisandro Cabalita
especialista en miedos

MENCIÓN

Graciela Sverdlick. Buenos Aires, Argentina. Licenciada en Ciencias de la Educación, graduada en la Universidad de Buenos Aires en 1985. Especializada en Didáctica de las Ciencias Sociales. Se desempeña actualmente como coordinadora de esta área en una escuela primaria.

Escribe libros relacionados con Ciencias Sociales y Formación Ética y Ciudadana, libros de lectura, manuales, guiones de historieta y periódicos.

En 1990 ganó el Premio Nacional de Literatura Infantil de la Fundación El Libro con el cuento "La calle de los perdidos", editado por Colihue en la antología *Ufa seis cuenteros más*. En 1994 lo ganó con el cuento "El hombrecito de la valija", editado por Faiga en la antología *Y nos pusimos a contar...*

El doctor Lisandro Cabalita llegó al barrio de Almagro y colgó en la puerta de su consultorio una chapa en la que se leía:

*DOCTOR LISANDRO CABALITA
MÉDICO DE CABECERA*

Y lo de "médico de cabecera" no venía porque era de esos médicos a los que las familias consultaban todo, sino porque se especializaba, justamente, en tratar de curar los miedos que invadían las "cabezas" de los pacientes. Era, nada más ni nada menos, que un miedólogo.

Cuando los vecinos de Almagro se enteraron de la especialidad del doctor Cabalita comenzaron a llenar su consultorio ¿Quién no tenía un miedo a algo para curar?

Desde Pascual Fortuti, el verdulero y Horacio Del Lomo el carnicero, Emiliana Hipotenusa, la profesora de matemática; la mismísima señorita Aurora Febo Asoma, directora de la escuela; ¡hasta varios de los muchachotes

58 de la barra de la esquina! Todo el mundo pidió una consulta. Claro, la mayoría iba de incógnito. Algunas personas se ponían una peluca y anteojos enormes, otras entraban leyendo el diario y salían de la misma manera, llegaban disfrazadas de electricista, plomero, gasista o ingeniaban alguna forma para que nadie las viese por allí. Nadie se animaba a mostrar sus miedos frente al barrio.

Paciente tras paciente el doctor Cabalita explicaba su teoría: decía que a cada miedo le correspondía una fórmula especial que él había estudiado. Les aseguraba que si seguían al pie de la letra sus consejos, asistían cada semana a su consultorio y pagaban puntualmente las consultas, los miedos no volverían a invadirlos.

Por ejemplo, cuando llegó Pascual Fortuti, el doctor lo revisó, escuchó su corazón, lo hizo respirar con la boca abierta, con la nariz y las orejas tapadas, miró adentro de sus ojos con una lupa enorme, le pasó un hisopo por el ombligo, le pidió que inflara y desinflara los cachetes.

Después se puso la mano sobre la barba y dijo:

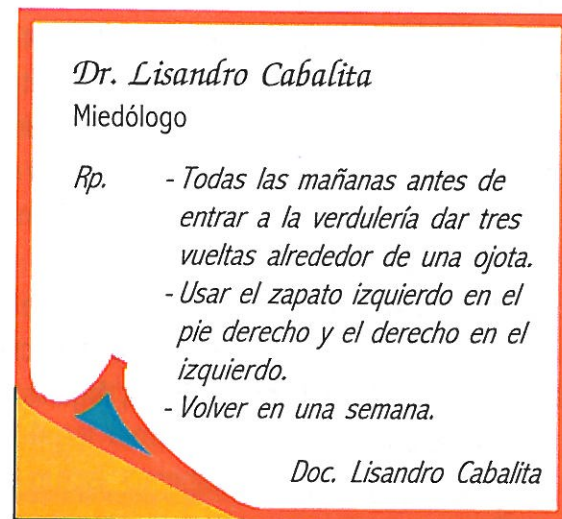
—Mhha, mmmhhhaa, hhaa —y finalmente le preguntó:
—Digamé señor Fortuti, usted... ¿a qué le tiene miedo?

Pascual Fortuti bajó la cabeza y contestó:

—Yo... yo doctor... yo le tengo miedo a... los bichos... Y usted sabe doctor, en la verdulería, con las frutas, en verano se me llenan las uvas de abejas, en invierno aparecen los gusanitos de las manzanas o esos bichitos chiquititos de la lechuga ¡los odio!... No sabe

doctor qué mal la paso, tiemblo como una hoja cada vez que aparece una hormiguita sobre un tomate. 59

Lisandro Cabalita repitió mmmhhhaa, se volvió a rascar la barba y escribió una receta para Pascual Fortuti:



Dr. Lisandro Cabalita
Miedólogo

Rp. - Todas las mañanas antes de entrar a la verdulería dar tres vueltas alrededor de una ojota.
- Usar el zapato izquierdo en el pie derecho y el derecho en el izquierdo.
- Volver en una semana.

Doc. Lisandro Cabalita

Pascual Fortuti salió asombrado pero convencido de haber encontrado la solución.

—Este tipo sabe —pensó. Al día siguiente empezó el tratamiento.

La consulta con la profesora Hipotenusa (que llegó oculta atrás de un helecho enorme) fue similar. Cabalita la revisó, la hizo toser con la boca cerrada y abierta, le pasó un hisopo por el ombligo, le pidió que inflara y desinflara los cachetes. Después de decir mmmhhhaaa, mmhhaa, y tocarse la barba le preguntó:

—Dígame señorita Hipotenusa... usted ¿a qué le tiene miedo?

La profesora bajó la cabeza, respiró hondo y confesó:

—Mire doctor... vio que yo soy profesora de matemática, bueno, yo sé muchísimo de números, teoremas, cálculos, sumas, restas, divisiones y multiplicaciones... también sé todo lo que se puede saber de geometría. Pero doctor... ¡tiemblo cada vez que escribo algo que no sea un número! ¡Tengo terror a escribir en el pizarrón una falta de ortografía!... ¡Se imagina qué papelón frente a los alumnos y las alumnas!

Lisandro Cabalita la tranquilizó, le dijo que lo suyo tenía solución, que él había estudiado especialmente casos como el de ella en Londres, París, Afganistán, Villa Luro y le dio esta receta:

Dr. Lisandro Cabalita

Miedólogo

Rp. - Todas las mañanas antes de entrar al aula dar tres vueltas alrededor de una ojota.

- Usar el zapato izquierdo en el pie derecho y el derecho en el izquierdo.

Volver en una semana.

Doc. Lisandro Cabalita

La profesora Hipotenusa le agradeció infinitamente. Salió atrás del mismo helecho con el que había llegado y al día siguiente comenzó su tratamiento.

Así desfilaron por el consultorio semana tras semana la gente del barrio de Almagro confesando los miedos más inconfesables:

- ✓ a la oscuridad (el más bravo de los muchachotes de la barra de la esquina)
- ✓ a decir discursos (la señorita Aurora Febo Asoma)
- ✓ a los cuchillos (el carnicero)
- ✓ a cruzar la calle
- ✓ a enojarse
- ✓ a amigarse
- ✓ a morderse la lengua
- ✓ a llegar tarde
- ✓ a probar comidas nuevas
- ✓ a ponerse de novia
- ✓ a quedarse solito
- ✓ a todo, a mucho, a algo
- ✓ a tener miedo...

Lo cierto es que las primeras semanas, los vecinos que habían consultado con Cabalita se concentraron tanto en seguir al pie de la letra sus indicaciones que olvidaron tener miedo a las cosas a las que les tenían miedo. Así fue que durante un tiempito se convencieron de que Lisandro Cabalita era un genio, que su fórmula funcionaba y, a pesar del dolor de pies, pagaban gustosos sus consultas semanales.

Pero el éxito del doctor Cabalita en el barrio de Almagro no duró mucho tiempo.

Una mañana, la señorita Aurora Febo Asoma llegó a la escuela casi rengueando con su ojota en la mano. En ese momento advirtió que la profesora Hipotenusa estaba parada junto al mástil dando ridículas vueltas alrededor de una ojota, giró la cabeza y descubrió que Bruno Tiratiza y Paloma Quemeimporti, dos de los chicos más bravos de quinto año, entraban arrastrando los pies con sendas ojotas bajo el brazo. Aurora Febo Asoma quedó paralizada por unos segundos. ¿Cómo podía ser que...? Salió a paso rápido con sus pies doloridos a la puerta, necesitaba tomar un poco de aire para despejarse y entender qué pasaba. ¿Se estaban burlando de ella? ¿O se estaba volviendo colifata?... Cuando vio en la vereda al portero, al verdulero, al carnicero, un canillita, a la vecina del tercer piso, un colectivero, un taxista, al gerente del banco, dos chicas pitucas, un diputado y un camionero —caminando chuecos o dando vueltas alrededor de una ojota— pegó un grito que se escuchó hasta en el último rincón del barrio de Almagro:

iiiiiiiiiiiiiiiiiiii;CABALITAAAAAAA
 MENTIROSOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

El grito de la señorita Febo Asoma sirvió de despertador para los vecinos de Almagro.

Fue como si por primera vez después de mucho tiempo se hubieran animado a mirarse unos a otros.

Y se descubrieron con la cara fruncida por el dolor de pies, mareados por las vueltas ridículas alrededor de las ojotas y (lo peor de todo) engañados, estafados y burlados. Descubrieron también que todos, hasta los que nadie imaginaba que podían temerle a algo, tenían algún miedito oculto por ahí. Pero esto ya no los avergonzó. Todo lo contrario: salieron envalentonados, en patas y ojota en mano rumbo al consultorio del doctor Lisandro Cabalita.

Cuando Cabalita vio a tal multitud gritando frente a su ventana, la abrió de par en par pensando que habían organizado una consulta grupal... ¡Pobre Cabalita! Recibió tantos ojotazos que no tuvo más remedio que devolver, a cada vecino, el dinero que le había pagado en las consultas.

A la mañana siguiente Almagro era otro barrio. Los vecinos y las vecinas habían aprendido que el mejor remedio para curar un miedo era compartirlo y pedir ayuda. ¿Y el doctor Cabalita? No estaba más. Descolgó su chapa, juntó las ojotas que le habían tirado y rumbeó para otro barrio.

Dicen que lo vieron por Villa Crespo. ¡Ah! Además cambió la especialidad: ahora era “preocupólogo”... Vendía unas ojotas que decía haber traído de Japón y aseguraba que eliminaban todas las preocupaciones.

No hay caso... algunas personas aprenden, pero otras no aprenden más.

Se terminó de imprimir en el mes
de marzo de 2001 en GRAPHIS Ltda.
Juan Carlos Gómez 1457 / Tel 915 83 43.
Al amparo del Decreto 218/96
de la Comisión del Papel
Depósito Legal N° 319.391/01



REPEM

Red de Educación Popular
Entre Mujeres de América
Latina y el Caribe

En noviembre de 1999 la Red de Educación Popular entre Mujeres de América Latina y el Caribe (REPEM) convocó al Primer Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas. Culminaba así una década de Campaña de Educación No Sexista en la que la capacidad de análisis y propuestas de la Red se puso de manifiesto.

En junio del año 2000 fue dado a conocer el fallo del jurado. Esta publicación ofrece los cuentos que recibieron el primer premio en la categoría profesional y en la categoría *amateur* y las cuatro menciones otorgadas. Las ganadoras son en general mujeres jóvenes, con una edad promedio de treinta y pocos años. El primer premio en la categoría profesional correspondió a una escritora argentina galardonada con el premio Juan Rulfo.

ISBN 9974-670-09-8



9 789974 670099